



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9816

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

MARTES 24 DE JULIO DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—C. rresponsables en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Fairbourg Moulmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FENIX ESPAÑOL COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social:
MADRID, CALLE OLÓZAGA N. 1
(Paseo de Recoletos.)



Subdirectores:
SRA. VIUDA DE SORO Y COMP.ª
Cartagena, P. Caballos, 15.

GARANTÍAS.

Capital social efectivo... Pias. 12.000.000
Primas y reservas... 42.889.747

TOTAL... 54.889.747

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS.

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acrecienta la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pias. 96.226.307.77.

SEGUROS SOBRE LA VIDA.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillitas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 y 42.

LOS QUE SE VAN.

(Colaboración inédita.)

La emigración veraniega es este año en Madrid extraordinaria. Sólo quedamos en esta villa, que ahora

ni siquiera es corte, los aburridos, los desesperados y los pobres. Somos personas de poco más ó menos las que no vamos á las playas del Norte ó de Levante á respirar las brisas marinas, ó á un balneario cualquiera á remojar el cutis. En los teatros, en el Retiro, donde quiera que se recree la gente elegante, la conversación es invariablemente la misma.

—¿Y cuando se va V. marquesa?
—No lo se todavía, duque. Mi marido tiene ahora muchas cosas en la cabeza...

—¡Quíteselas V!
—Al contrario. Si siguen sus preocupaciones, me iré sola.

—¡Oh, no lo consentiría yo! ¡Sola se aburriría V. lamentablemente! Yo me ofrezco á acompañarla. La soledad debe ser muy triste!

—¡Tal vez!
—Pero es mucho más triste todavía la soledad de dos en compañía.

—Si eso dijo un poeta, no recuerdo bien si Campoamor ó Calainos. Pero no haga V. caso de lo que dicen los poetas.

—¿De V. es de quien no debe hacer caso!

—Por Dios, señora. ¡No me equipare V. á su marido!... ¿Quedamos en que la acompañó á... ¿á donde va usted?

—A Mónaco, probablemente.
—Pues á Mónaco. ¡Y jugaremos una baquita!

—Ustedes los hombres públicos se deben al país. Ustedes no pueden veranear en un olvidado rincón de la península, sino que necesitan ir á San Sebastián que allí está el centro de la política.

—Tiene V. razón. Pero los chicos necesitan aire de campo...

—Prescinda V. de los chicos. Los hombres públicos deben prescindir hasta de las mujeres... propias. Sobre todo, me conviene que vaya V. á San Sebastián para que me recomiende aquel asuntillo al ministro de Marina.

Un anarquista (al paño.) ¡Ya os arregaría yo á títulos y políticos.

Y todo el que sale, no solo sale por seguir las corrientes de la moda, que en este punto son muy aceptables, sino por halagar la propia vanidad, que es la madre de todas las perdiciones morales. ¡Hay que ver las alhajas que quedan en el Monte de Piedad y los muebles que quedan pignorados, y los pagarés que se firman, sin saber como han de pagarse, para que cuatro caballeros y señoras se den tono en poblaciones extrañas! El lujo es una desgracia.

Y mientras se gastan fortunas en sostener lo invisiblemente, hay quien no puede ir á los baños á Alicante. ¡Y eso que el viaje cuesta doce pesetas, ida y vuelta! Lo de siempre. Vice-versas y más vice-versas...

CALIXTO BALLESTEROS.

La bandera de 1789.

Recientemente, el 14 de Julio, se ha

celebrado en París, como todos los años, la fiesta denominada «de 14 de Julio», y á propósito viene hablar de la bandera que durante aquella fiesta se exhibe, llamada la bandera de 1789, la que trae á la memoria de los franceses históricos recuerdos.

Su propietario es M. Braquehais, que habita en la calle Pradier, en un piso pobremente amueblado, pero de su propiedad.

Visitáronle hace dias unos periodistas, y, después de algunas precauciones, les enseñó la famosa bandera de que nos ocupamos.

Esta es de seda y mide, aproximadamente, cuatro metros cuadrados. Obsérvase en su centro una cruz blanca bastante larga; ambas líneas son de la misma longitud. Los cuadrados colocados encima y debajo de la cruz son azules y rojos. Cada uno de ellos lleva en letras de oro las inscripciones «La Ley», «La Nación», «La Libertad».

En la intersección de las líneas de la cruz, y por consiguiente, en el centro de la bandera, se ven pintados al óleo, varios emblemas.

La bandera hace poco que es conocida. Después de varios incidentes á que dió lugar, originados por su poseedor actual, fue expuesta en 1878 en la Exposición de París.

¿Cómo llegó á poder de Mr. Braquehais? En 1847 las señoras de Monville se la ofrecieron al barón del mismo nombre, á la sazón comandante de la guardia nacional. Este al ser desterrado, algún tiempo después, se la legó á su administrador, quien á su vez, á la muerte de aquél se la cedió á Mr. Braquehais, en 1861.

He aquí la relación de esto: La primera vez que saqué mi bandera fue en 1875. Durante tres meses la tuve expuesta en el museo del Havre. En 1878, la envié á la Exposición Universal. El 14 de Julio de 1880 tuvo lugar en París una importante ceremonia; la de la exhibición de las banderas de la armada.

«Esta es mi fiesta—me dije. Y procuré y obtuve autorización de desplegar mi estandarte en el Ayuntamiento y para llevarlo en triunfo por las calles hasta el Museo.

«Desde entonces me hice famoso. Mi bandera ha ocupado siempre el sitio preferente en las principales fiestas, ob

teniendo su presencia aplausos de los hombres más grandes de la nación. Decir el número de ceremonias, de banquetes, de aniversarios patrióticos, de descubrimientos de estatuas á los cuales he asistido, sería casi imposible.

Algo, no obstante, preocupa seriamente á Mr. Braquehais. ¿Existe alguna otra bandera de 1789?

No es fácil. Porque las banderas tricolores más antiguas que hasta hoy se han encontrado datan de 1792.

Al feliz poseedor de quien nos ocupamos, hánselo hecho seductoras proposiciones por la compra de su bandera.

—El director de un museo—dijo—trató de adquirirla. Un particular me ofreció por ella 10.000 francos. Lo contesté que habiendo perdido en mis negocios 30.000 bien podría perder esos 10.000 también, y que prefería guardar mi bandera.

Esto último me sería muy sensible. Soy un simple obrero y me hace falta trabajar mucho para educar á mis hijos. Pero á mi muerte los dejaré una rica herencia; mi bandera. Que hagan de ella lo que quieran cuando yo no exista.

Mr. Braquehais contó después las emociones que había experimentado en varias ocasiones al presentar su bandera.

—Acudo—terminó—sin embarazo á cuantas ceremonias se me invita, y no me divierte hacerme inscribir para formar parte en los cortejos, pero sí el acto de tomar parte en ellos. Siempre hago que me coloquen delante de la música.

Soy muy filarmónico. Ellos tocan y á mi me aplauden. ¡Oh, la música y la bandera de 1879 son mi alimento!

JACQUES LEFRANC.

TIJERETAZOS

El ministro de la Gobernación ha dirigido á los gobernadores civiles el siguiente telegrama:

«En Consejo de ministros de esta noche se acordó no conceder por ningún motivo permiso á funcionarios públicos para ausentarse.

Las licencias no podrán exceder de

224 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

Si el joven no hubiera llevado lleno su pensamiento de la Imágen de Schamsul-Ilemal, indudablemente se hubiera detenido á aspirar el aire balsámico que volaba sobre las flores y entre los arrayanes; hubiera deleitado su vista en las mansas cascadas de las fuentes y de los estanques; hubiera contemplado con asombro la magnífica arcada vejada blandamente en la sombra y destellando opacos fulgores de oro y azul, al suave reflejo que le presentaban las aguas heridas por la luna, pero Gastón atravesó el jardín sin mirarle guiado por un impulso invisible, subió la gradería sobre que estaban sustentados los arcos, y entró en una opaca galería.

Al frente del jardín había una gran puerta que Gastón dejó á la derecha, y se perdió en el fondo de la galería aventurándose en una estrecha escalera de caracol.

A pesar de no recatarse Gastón, sus pasos no resonaban sobre los peldaños de mármol, del mismo modo que si hubiera sido una sombra; y así silenciosamente atravesó otra galería, penetró por otra pequeña puerta y se encontró en un recinto oscuro, tras un tapiz que correspondía á un retrete alumbrado por una lámpara.

Detúvose entonces contenido por el mismo impulso misterioso que le había conducido hasta allí, y

EL 1 AUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 225

lanzó sus ávidas miradas al retrete al través de la abertura del tapiz.

Sus mejillas se enrojecieron, sus ojos centellantes lanzaron fuego, su mano empuñó convulsiva el alfánje, y un estremecimiento terrible agitó su ser.

En el fondo de aquel retrete, sobre un diván, velada por pabellones de gasa y por el blanco humo de pebeteros de oro; indolentemente reclinada en los almohadones, y con la ardiente mirada fija en la puerta tras la cual se ocultaba Gastón, que no podía ser visto cubierto por el tapiz, estaba Schamsul-Ilemal, más hermosa que nunca escuchando con abandono á Muza, que á poca distancia de ella, sentado en una alkatifa y recostado en el diván, miraba apasionado á la joven.

Parecía que en aquel silencioso retrete volaba el genio de los siglos misteriosos; el ambiente, la luz, los perfumes, los ruidos, aun las mismas formas del retrete sostenido por grupos de columnas, con fondos labrados de oro y colores, con su alta cúpula casi perdida en la oscuridad, su fuente de mármol en que un blando surtidor murmuraba ténuesmente, las brisas que agitaban los tapices y venían á saturarse en los perfumes, todo era allí voluptuoso y fascinador, todo convidaba á amar.

Y ella, envuelta en su blanca túnica menos blanca que su tez; con las trenzas de sus cabellos desorde

228 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

que te atreves á tocar mis manos? ¡Ah! ¡el emir Muza Ebn-Abil-Gazan! ¡el guerrero que se aduerme junto á una muger, entre flores y perfumes, mientras los cristianos corren la vega, mientras que los traidores levantan quizá el puñal ocultos entre los tapices del diván donde duerme el rey!

—¡Yo te amo! dijo con voz conmovida Muza.

Schamsul-Ilemal no amaba al emir, pero tampoco le aborrecía; si como amante le rechazaba, como valiente, como caballero, le prestaba el tributo de admiración que nadie le había negado, entrando en cuenta sus mas encarnizados enemigos.

Schamsul-Ilemal susvizó su acento, miró sin verle á Muza, y le dijo:

—Levántate, emir, ¿qué quieres de mí? Yo no puedo amarte, pero puedo protejerte, hacerte invencible, darte el poderoso talisman que rodea mi cuello, y lanzarte como un rayo sobre tus enemigos. Puedo ser tu hermana, Muza, pero tu esposa jamás.

—¡Oh! y yo quiero tu amor, contestó el emir, levantándose y adelantando hasta la joven que retrocedió: ¿Qué importan el rey, ni Granada, ni los siete cielos de Dios, sino tengo á tí, luz de mi alma, blanca gacela que atraviesas el desierto de mi vida? Amame, y yo seré tu esclavo, y romperé mi espada por tí, y me encerraré contigo hasta la muerte en el más hermoso y sombrío retrete de mi alcázar.